

Alternate Father's Day Sermon 2023 (Spanish)

St. Luke/San Lucas 18 June 2023

Genesis 10:1-15, 21:1-7; Psalm 116: 1,10-17; Romans 5:1-8; Matthew 9:35-10:8 (9-23)

Que las palabras de mi boca y las meditaciones de todos nuestros corazones sean gratas a tus ojos, oh Señor, nuestra fortaleza y Redentor. Amén.

Preparé un sermón enfocado en el Día del Padre, que quizás dé en otro momento. Porque ayer, en nuestro stand de Juneteenth, tuve una conversación con un par de jóvenes que me convencieron de que necesitaba adoptar otro enfoque, hablar de un tema diferente, uno sobre el que había estado meditando, pero no estaba seguro si era el momento de hablar. Después de ayer, me di cuenta de que no puedo quedarme callado.

En nuestra lectura del Antiguo Testamento de hoy, Abraham y Sara reciben buenas noticias: a pesar de su avanzada edad, tendrán un hijo. Tres visitantes, extraños a la tierra, vinieron con esta noticia. Sin embargo, es interesante cómo reaccionaron Abraham y Sara.

Cuando se suele contar la historia, los oradores tienden a centrarse en la reacción de Sarah. Sarah, cuando se enteró de que tendría un hijo, se echó a reír. Voy a tener un hijo? Seguro que lo soy. Cuando fue desafiada, Sarah negó su reacción, pero el Señor la llamó: sí, te reíste. A menudo, esto se presenta como una duda: Sara carecía de fe, no creía que Dios cumpliría la promesa de un hijo.

Abraham, por otro lado, es alabado por su fe. Sin embargo, sugiero que echemos otro vistazo a la reacción de Abraham. Cuando se dio cuenta de que estos eran visitantes especiales, que venían trayendo un mensaje de Dios, Abraham no se sentó a escuchar, ni dio gracias por el mensaje. En cambio, comenzó a correr alrededor. Empezó a instruir a los sirvientes: traigan agua, lávenles los pies. Dale un lugar para descansar. Llamó a Sarah para hacer pan y pasteles. Quería carne para la comida. Podría haber enviado a un sirviente a buscar un animal, pero eso no fue suficiente.

Abraham corrió al pasto y encontró un becerro. Lo trajo de vuelta, hizo que un sirviente lo descuartizara y preparara la carne. Abraham también encontró leche y otros alimentos, los entregó a los visitantes y se quedó allí observándolos mientras comían. ¿No puedes verlo corriendo, asegurándose de que todo esté perfecto? ¿Necesitas más pan? ¿Puedo traerte un poco más de carne? Tal vez un poco de pastel para acompañar tu bebida. Cualquier cosa para evitar escuchar a los visitantes, comprometerse con ellos con respecto a su mensaje.

Tanto Abraham como Sara mostraron reacciones de estrés bastante comunes ante el anuncio de que tendrían un hijo. Estamos familiarizados con la reacción de Sarah: se rió. Me imagino que fue una reacción involuntaria. La risa, la incredulidad, estalló en ella. Probablemente se tapó la boca con la mano, tal vez incluso simuló toser, cualquier

cosa para que pareciera que en realidad no se estaba riendo. Y luego negación, negación, negación.

Abraham, por su parte, respondió con lo que a veces se conoce como redirección: cuando se enfrentó a una declaración inesperada y difícil, tomó toda su energía y la reenfocó en hacer otra cosa. Se puso a trabajar, corriendo de un lado a otro haciendo arreglos prácticos para comer, beber, descansar. Enfocó su energía en algo que pudiera controlar, y al hacerlo, pudo evitar lidiar con las afirmaciones que hacían los visitantes de que tendría un hijo.

Ahora, ¿por qué Abraham y Sara reaccionaron de esta manera? ¿Por qué no se regocijaron con las buenas noticias? Después de muchos años de espera, se les prometió un hijo. ¿No deberían ser felices? ¿Abrazar a los visitantes? ¿Celebrando esta buena noticia? La verdad del asunto es que nosotros, como seres humanos, no siempre reaccionamos bien, incluso ante las buenas noticias. Hay muchos factores que influyen en nuestras reacciones y, mientras queramos creer, ser fieles y conservar la esperanza, a veces nos quedamos cortos.

Una de las conversaciones más desafiantes que las personas pueden tener con la familia, con los amigos, con la comunidad, se relaciona con el género y la sexualidad, con la identidad y la autenticidad. Estas deben ser conversaciones alegres, celebraciones del viaje que una persona está tomando hacia la autoconciencia, hacia la posibilidad de vivir su vida auténtica como Dios la creó para ser. Sin embargo, las investigaciones sugieren que, si bien entre el 30 y el 60 % de las personas LGBTQIA+ experimentarán ansiedad o depresión en algún momento de su vida, el momento más estresante es el de salir, el de decir su verdad abierta y honestamente a los demás. Los números de nuestros hermanos LGBTQIA+ que sufren de ansiedad, depresión e ideación suicida son asombrosos, más altos que en cualquier otro grupo de personas en nuestra sociedad actual.

El proceso de salida, ese momento de hacer público lo que se ha llevado dentro, es uno de los momentos más importantes y delicados. Debe ser un momento de buenas noticias, de autorrealización, de poder abrazar el ser auténtico y presentar al mundo a esa persona maravillosa, especial, valiosa, hecho de Dios.

En cambio, este momento suele ser uno de los momentos más estresantes y llenos de ansiedad en la vida de una persona LGBTQIA+. Según Cathy Sullivan-Windt, terapeuta de afirmación LGBTQ, existen tres fuentes importantes de ansiedad para las personas en el proceso de salida. En primer lugar, existe la ansiedad relacionada con la posible desaprobación. Como señala la Dra. Sullivan-Windt, somos seres sociales y prosperamos a través de las interacciones con otros humanos.

Cuando una persona crece y vive en un entorno que no la hace sentir bienvenida y aceptada, es probable que internalice esa creencia con el tiempo. Muchos miembros de la comunidad LGBTQIA+ se enfrentan a discriminación y acoso manifiestos o a sutiles indicios de que no serían aprobados si salieran. Este tipo de experiencia puede

desencadenar altos niveles de estrés crónico, además de manifestarse aún más agudamente durante los momentos de autorrevelación, de salida.

En segundo lugar, existe la ansiedad por la seguridad, la seguridad física. Las personas LGBTQIA+ se enfrentan a muchas formas de estigma, como el etiquetado, los estereotipos, la negación de oportunidades y la violencia verbal, mental y física. Siguen siendo una de las comunidades más atacadas por los perpetradores y grupos de delitos de odio. Como vi de primera mano ayer, continúan experimentando el rechazo de personas que se envuelven con orgullo en el manto de la corrección bíblica, que afirman hablar en nombre de Dios.

La homofobia, la bifobia, la transfobia, el bullying y el acoso existen en nuestra sociedad, en nuestra comunidad, en el parque Esther Short. Y estos pueden conducir a un trauma directo y dañino.

En tercer lugar, está el miedo a perder familiares y amigos. Para muchas personas, salir del clóset causa ansiedad porque no están seguros de cómo reaccionarán sus familiares y amigos. Puede ser una experiencia traumática, especialmente para aquellos que no cuentan con un entorno de apoyo. Durante mi estadía en África, viviendo en un país donde la homosexualidad es ilegal, castigada con prisión e incluso con la muerte, tuve muchas conversaciones con jóvenes que tenían miedo, no solo de lo que diría el público si decían su verdad, sino aún más importante, lo que diría su familia. Para algunos, guardar silencio no era una elección de estilo de vida, era una táctica de supervivencia.

Aquí en los Estados Unidos, un número creciente de personas LGBTQIA+ cuentan con el apoyo de familiares y amigos, pero algunos no. E incluso entre aquellos que tienen comunidades de apoyo, casi todos lucharon contra la ansiedad antes y después de salir. Se enfrentan a comentarios y actos hirientes a diario.

Estamos en pleno junio, mes del Orgullo, período en el que celebramos a nuestra vibrante y valorada comunidad LGBTQIA+. He estado pensando en cómo nosotros, como individuos, como padres, como comunidad, reaccionamos a las noticias de y sobre nuestros hijos. Uno de los temas más comunes durante nuestras sesiones de PFLAG, nuestro grupo comunitario para padres y familias de lesbianas y homosexuales, es si nosotros, como familia, como aliados, dijimos lo correcto, reaccionamos de la manera correcta. ¿Fuimos solidarios? ¿Estábamos amándonos?

¿O reaccionamos como Abraham, sin centrarnos en las noticias sino encontrando trabajo ocupado, mirando hacia otro lado, recurriendo a otros elementos que aparentemente están más bajo nuestro control para no tener que enfrentar este nuevo espacio?

Somos como Sarah, respondiendo con risa nerviosa, con incredulidad, incluso. Y al hacerlo, ¿hemos causado daño?

Entonces, en este domingo cuando celebremos a los padres, cuando reconozcamos las libertades ganadas con tanto esfuerzo encarnadas en Juneteenth, cuando levantemos nuestras banderas del arcoíris y celebremos el Orgullo, reconozcamos también que es posible que hayamos reaccionado en momentos como Abraham y Sarah, de maneras que son menos que fieles, en formas que son hirientes. Reconozcamos que no siempre hemos sido lo mejor de nosotros mismos, canalizando el amor de Dios a quienes nos rodean.

Pero hay esperanza. A pesar de las reacciones de Sara y Abraham, a pesar de sus momentos de duda, Dios cumplió con la promesa que trajeron esos mensajeros. A través de estas experiencias, tanto Sara como Abraham crecieron en su fe y conocimiento de Dios.

Nosotros también podemos escuchar las voces de los mensajeros en nuestras vidas, las palabras de los miembros de nuestra comunidad LGBTQIA+. Podemos aprender de ellos cómo responder, no con una risa nerviosa, no apartando la mirada y ocupándonos de otras tareas. Más bien, podemos aprender a ver, a verlos de verdad. Darles la bienvenida y aceptarlos como miembros valiosos de nuestra comunidad. Afirmar sus identidades y celebrar su identidad auténtica.

Y sí, a veces podemos tropezar con los pronombres, pero mejoraremos con la práctica. Es posible que aún cometamos errores, y probablemente lo haremos, pero cuando lo hacemos, podemos disculparnos, podemos aprender y, la próxima vez, podemos hacerlo mejor.

Porque los mandamientos de Dios para nosotros son claros. Debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, toda nuestra alma, toda nuestra mente. Este es el primer y gran mandamiento. Y el segundo es semejante, debemos amar a nuestro prójimo, a todos nuestros prójimos, como a nosotros mismos.

Me gustaría cerrar con una oración de la Asociación Episcopal:

Dios, que nos hiciste a cada uno de nosotros a tu imagen, enséñanos a amarnos como tú nos amas.

Dios, que nos hiciste a cada uno de nosotros a tu imagen, permítenos mostrar esa imagen al mundo.

Dios, que nos hiciste a cada uno de nosotros a tu imagen, ayúdanos a ver tu imagen en todos aquellos con los que nos encontramos.

Dios, que nos hiciste a cada uno de nosotros a tu imagen, enséñanos a conservar y proteger toda tu creación.

Dios, que nos hiciste a cada uno de nosotros a tu imagen, bendícenos, protégenos y guárdanos a nosotros y a todos tus hijos a salvo.

Amén.